

Democracia en el *boudoir*

“¿Que qué tiene que ver la democracia con el amor?”, le respondí-pregunté a mi amigo, para contestarme yo mismo con una de esas frases lapidarias que a veces me sorprenden por su sagacidad: “Pues todo”. “Porque —le dije enseguida— querámoslo o no, la democracia llegó ya a la pareja, a la familia...”

Y sí, tal como muchos lo sospechábamos desde hace tiempo, también a la cama. De manera casi insospechada, pero llegó, e inunda otros espacios igualmente importantes como la cotidianidad, el lenguaje y los sentimientos.

Veamos si no. Hasta hace poco los varones, sometidos a la tutela del machismo y de una educación sobreprotectora, considerábamos inapropiado, cuando no francamente de mal gusto, exponer sentimientos y dudas a nuestras parejas, presas de una represión que traía más descalabros que beneficios tangibles. Hoy podemos incluso llorar ante ellas sin que por eso demos muestra de debilidad; incluso podría asegurar que pocas cosas les satisfacen tanto como que los hombres mostremos nuestro lado oscuro, es decir nuestra parte femenina.

Entonces, la pregunta que se impone es: ¿cómo transgredir los límites de una intimidad amenazada, hacer que el placer femenino pueda hacerse presente sin rubor en la relación sexual, o que el amor transite del cálido romance a una cotidianidad negociada sin que sean tachadas de comehombres, putas o ilusas?

Cierto que no debemos hacernos muchas ilusiones porque todavía vivimos atados al pasado, que insiste en que —como quería David Alfaro Siqueiros— “no hay más ruta que la nuestra”. Pero frente a nosotros se despliega un páramo de infelicidad que no puede entenderse sin que asumamos que el mundo cambió.

Cómo explicarnos entonces la serie de conflictos, rupturas y cuestionamientos que vivimos como personas —no como ciudadanos—, si no por el hecho de que nuestra comprensión de la democracia traspasó hace tiempo los linderos de lo público.

No basta ya con declararse demócrata, como me decía también mi amigo. Porque, bien visto, para que verdaderamente funcione, la democracia tiene que regir también en el ámbito privado.

Y no hay nada más privado que el sexo.

No podemos entender el sentido de las nuevas relaciones amorosas si no es bajo la perspectiva de que nuestra nueva cultura democrática tiende a contaminarlo todo, incluso los espacios que consideramos sólo de nuestra incumbencia, nuestros pensamientos, las formas que damos a las relaciones personales, a la amistad y el amor.

No podemos separar abruptamente lo público de lo privado, y si la democracia es un aprendizaje constante, entonces tenemos que atenernos a que influya en nuestras relaciones personales. De ahí que, me he repetido, lo que tendríamos que hacer es darle también un espacio en nuestra intimidad.

Y nada tan íntimo como el sexo.

Nos guste o no, la realidad ya cambió. Y no me refiero sólo a los avances que han tenido las mujeres porque, como un defensor a ultranza de los derechos que tenemos también los hombres en esta etapa de las masculinidades, nos encontramos con que, con todos los defectos que se quiera, estamos dando pasos hacia una nueva racionalidad, hacia una nueva cultura de lo apolíneo que no desdeñe las aportaciones femeninas a lo que ahora construimos ambos géneros.

Poco a poco los hombres empezamos a darnos cuenta de que la democracia empieza en la cama, que el placer sexual no es privilegio masculino y que el ser una pareja que busca y promueve la equidad va más allá de aceptar lavar los platos de la cena.

Las nuevas parejas —no sólo las heterosexuales— negocian los espacios de la intimidad. Las necesidades de uno y otro son ponderadas, sopesadas y aceptadas, o no, al igual que las formas de organizar la convivencia y las responsabilidades económicas. Lo más importante, sin embargo, tiene que ver con los sentimientos y la compañía, con la calidad de una relación siempre cambiante, demandante, pero que encuentra en estos espacios su razón de ser.

Para los varones tales valores resultan todavía amenazantes, porque cuestionan aquellos con los que nos hemos movido siempre. No somos del todo conscientes de que quizás los hemos perdido ya y apenas empezamos a darnos cuenta de que el único riesgo real es el de la libertad.

Sólo tenemos que aprender qué hacer con ella. ¶